

Qué infelicidad que estas gentes que rigen y dirigen a los pueblos, no sean capaces de ninguna justicia grande y eficaz! Son formulistas, idólatras de los fetiches que ellos mismos labraron, y después, cuando el ídolo asumió forma de dios, se llenaron de miedo, y le veneraron como a un dios de verdad.

Respeto, veneración, adoración, mimos y homenajes, incienso, campanas y altares, para sus *Constituciones* ineptas o inocuas. Mas, para la *Divina Constitución de Dios*, para las Normas Supremas de Justicia y de Amor, que deberían ser el alma de toda institución, para eso, nada.

Por eso, siglos van, siglos vienen, y van y vienen naciones y civilizaciones, y la ciudad es la misma, triste, infeliz copia de la antigua ciudad, hecha para la vida y el goce de unos cuantos, y para el tedio y la enfermedad y el sacrificio de los más.

Así fué Babilonia y así es París; así fué Roma y así es Nueva York; así fué Nínive y así es Londres; así son las ciudades de Europa, y así sus estúpidas imitaciones de América.

Una ciudad ¿qué debería ser sino la unión de gentes, ubicada en sitio común, donde hubiera un hogar para cada familia? ¿Y por qué no un hogar amplio, seco, luminoso y aireado y alegre?

Si hay una celdilla para cada abeja, y una celda para cada uno de los castores, y una cueva para cada ra-

La cueva de la raposa

posa, y un nido para cada avecita, y hasta una guarida para cada lobo y hasta un hoyo para cada reptil, ¿por qué, ¡Señor! no ha de haber un hogar para cada hombre y cada mujer que necesiten donde guarecerse a criar su niño, a esconder su amor y a modelar y afinar sus almas?

La ciudad...

En el centro, palacios, hoteles, casinos; en los barrios sanos y alegres, mansiones, chalets, villas; delicias y holguras para los amos. A la orilla, en el suburbio, para los pobres, mesones, tugurios, covachas, cuchitriles forjados con tablas podridas, con guangochos, trozos de acapetate enmohecidos, pedazos de lata oxidada, tiras de patates chinchosos, vejez, mugre, hediondez, oscuridad y melancolía y estrechez y asfixia!... y ahí dentro, criaturas de Dios, hacinadas, apelmazadas, incubando venganza, odio y rencor!... y ahí dentro, criaturas de Dios, a quienes los otros llaman conciudadanos, compatriotas, prójimos, hermanos, ¡hasta hermanos!...

¡Señor! en una ciudad, dondequiera que los hombres se agrupen a vivir juntos bajo una autoridad y un régimen—que eso es la ciudad—*haya una casa para cada familia*, y no más de una casa para cada familia. Una casa amplia, suficiente, desahogada, alegre y buena y bella... Pero

no más de una; una, exclusivamente una. Y las demás, *para los demás*.

Una casa para cada familia. Y familia, es padre, madre, niños.

Que la Comunidad le dé su casa a cada familia, para mientras la familia subsiste. ¿Se disolvió? Entonces recobra aquélla la casa, y la cede a la familia nueva que se forme.

Padre, madre y niños. ¿No hay niño, por la sangre? ¿No hay hijos nacidos de las propias entrañas? Pues que los haya del espíritu, por adopción, nacidos de la Caridad, que vale más inmensamente que la sangre.

No puede haber familia sin hogar, ni hay hogar sin casa propia y estable. Entonces, si la familia es pobre, y más si es desvalida, ¡qué cosa más natural, humana y justa, que la comunidad les haga el nido, la casa, la guarida, a más no poder?

Pero, y los ricos ¿de qué alimentarán su riqueza? ¿Cómo se harán todavía más ricos?

De mil maneras: Para eso hay lujo, teatros, vinos caros, joyas, vestidos suntuosos, carruajes, y diez mil invenciones de la locura y la soberbia. Sobra qué vender. Sobra en qué negociar. Sobra de qué amasar millones, sin necesidad de arruinar el alma y la vida de los pobres, negándoles lo que tienen las aves del cielo y las bestias del campo.

ALBERTO MASFERRER

San Salvador, Junio de 1925

De los poemas pesimistas

Del árbol caído...

El desprecio me envuelve, pues, «Del árbol caído», dice antiguo refrán, que «todos hacen leña».

La leña sin embargo, un árbol florecido fué junto a los caminos; su gracia ribereña,

ojo de agua de mansas parábolas, decía: Soy, para los que pasan, la mejor bendición: los ciervos de la fuente, los pájaros del día, deshojan las dormidas rosas de mi canción.

Pero tú, ni maestro, necias caricaturas de clases y remedos locos, tus enseñanzas. Sus latines, sus misas, ¿qué saben estos curas, de métodos modernos de prácticas andanzas?

¡Si viven en las nubes! ¡Si nunca están al día! Y si estudian es como, si no estudiaran nada. Parásitos de aquella vieja filosofía muy «calaveras fiambres» ha siglos olvidada.

Esta leña del árbol, quién sabe cuántas rosas deshojó, bajo el palio de la rama florida, mientras las ignoradas lágrimas de las cosas caían, gota a gota, del ojo de la vida.

Esta leña del árbol, caída y silenciosa, será lengua de nuevo Pentecostés, mañana y paráclita joya de la divina Esposa y lámpara encendida, parábola cristiana

de las vírgenes sabias, niñas iluminadas:

Felicitas, Perpetua, Cecilia, Inés, Blandina.

Estas son las princesas *nin* vistas, *nin* tocadas, a la sombra dichosa de la Gracia divina.

Esta leña del árbol caído, será llama, para que transfigure su rostro la verdad, plenitud de los ojos abiertos, oriflama del Reino de Sor Clara, suprema claridad.

Dirías una huella de Cristo, silenciosa, donde ni una palabra perciban los oídos. Viéndola ¡qué fragancia! ¡qué buen olor de rosa! tuvieron mis discretos hermanos escondidos.

Pero tú, ni maestro, una rama podrida, tan huérfana y tan viuda, ¿servirá para leña? ¡Qué importa!, si tus nuevas mayúsculas de vida, tendrán color marchito de nostalgia que sueña,

de antiguo y silencioso *manoir*, en mi Bretaña, de canales flamencos, de historias olvidadas, en mi Brujas la Muerta, que gótica se baña, en una luz esquiva de sombras encantadas.

A. H. PALLAIS, Pbro.

León de Nicaragua.